

los que en ella hemos intervenido, hasta su feliz culminación, misma que hoy estamos ofreciendo a nuestros distinguidos lectores.

Por último, nuestro más entrañable anhelo es, a su vez, el de que, al recorrer tú con nosotros, caro lector, las páginas de este libro, y al pronunciar o evocar, una y otra vez, el nombre de Pacioli, podamos rendir juntos a este hombre excepcional, el testimonio de nuestra entrañable admiración por la herencia inapreciable de su obra, de características excepcionales para su época, al mismo tiempo que te invitamos a seguir pensando que, a pesar de todo y no obstante sus adelantos actuales, la Contabilidad, como lo dice también el mismo Montgomery: se encuentra aún lejos de ser perfecta y requiere cada vez más del estudio, de la investigación y sobre todo del desarrollo de la responsabilidad profesional, con una tónica no precisamente innovadora, pero sí contundente: el interés social, el interés de la comunidad, la superación y el progreso de nuestros respectivos pueblos.

RAMON CARDENAS CORONADO

Monterrey, N. L., México, septiembre de 1962.

CAPITULO X.-PREMIO "CONTADOR BENEMERITO DE LAS AMERICAS"

LUGAR ESPECIAL en la vida de don Ramón ocupa el haber obtenido el Premio de Contador Benemérito de las Américas, durante la VIII Conferencia Interamericana de Contabilidad celebrada en Caracas, Venezuela en 1967, y que cada dos años se reúne para tratar temas relacionados con la Contaduría Pública.* En la ceremonia de clausura, de ese Congreso, el Sr. Adolfo R. París, Presidente de la Delegación de Costa Rica, dio a conocer el nombre de quien había sido designado Contador Benemérito de las Américas, nombramiento que recae en aquella persona que haya dignificado a la profesión, se haya distinguido por su labor académica y haya contribuido a enriquecer el conocimiento por medio de la Investigación. Las palabras del Sr. París, las consignamos a continuación:

*Ciudadano Presidente de la VIII Conferencia Interamericana de Contabilidad,
Señores Presidentes de Delegaciones de la VIII Conferencia Interamericana de Contabilidad,*

* En la actualidad, bajo los auspicios de la Asociación Interamericana de Contabilidad.

Señor Secretario Permanente,
Señor Secretario de la VIII Conferencia
Interamericana de Contabilidad,
Señoras y Señores:

Me toca el gran honor, en mi carácter de Presidente de la Delegación de Costa Rica ante esta VIII Conferencia Interamericana de Contabilidad, de ser portavoz de la Junta de Presidentes de esta Conferencia, de dar a conocer el nombramiento de la honrosa nominación como **CONTADOR BENEMERITO DE LAS AMERICAS**, resuelto en esta VIII Conferencia que hoy se clausura.

El Organismo que yo represento, Colegio de Contadores Públicos de Costa Rica y en la persona del señor Rodrigo TOMAS BOZA, como Delegado Permanente ante las Conferencias Interamericanas de Contabilidad, nominaron ante la Secretaría Permanente a la persona que se ha hecho merecedora al digno reconocimiento como **CONTADOR BENEMERITO DE LAS AMERICAS**.

Como todos ustedes saben, se trata de un colega que ha dado prestigio a esta profesión, lo cual queda comprobado a través de su enorme dedicación durante muchos años.

(CURRICULUM IN EXTENSO)

Distinguida concurrencia: tengo el inmenso honor de presentar a esta honorable Asamblea, a la persona investida del máximo honor otorgado por las Conferencias Interamericanas de Contabilidad a los Contadores americanos, que a su criterio lo merezcan. Es para mí un inmenso placer anunciar que ha sido otorgado el título de **CONTADOR BENEMERITO DE LAS**

AMERICAS, al Contador Público e insigne americano, don Ramón **CARDENAS CORONADO**.

Queda en la persona del Presidente de la VIII Conferencia Interamericana de Contabilidad, Lic. Dionisio ESCOBAR CALZADILLA, en nombre de la Junta de Presidentes, imponer el distintivo de **CONTADOR BENEMERITO DE LAS AMERICAS**, al Contador Público del hermano país de México, don Ramón **CARDENAS CORONADO**.

Lleno de emoción, por lo que representa llevar un título de esa naturaleza, en atención a quienes lo habían ostentado entre los que sólo otro mexicano, el C. P. don Roberto Casas Alatríste, (q.e.p.d.) de grata memoria, había sido galardonado con tal investidura, en el año de 1951, don Ramón hizo uso de la palabra en los siguientes términos:

Honorable Presídium; gentiles damas; distinguidos colegas:

Parece que fuera ayer, cuando en San Juan de Puerto Rico, maravillosa y hospitalaria Isla del Caribe, nos reuníamos por primera vez, en el mes de mayo de 1949, un pequeño grupo de contadores procedentes de catorce países del continente, incluyendo los Estados Unidos y Canadá, para celebrar la I Conferencia Interamericana de Contabilidad. Los resultados de este acto los estamos aún viviendo; pero nadie podrá disputar a los contadores puertorriqueños, la gloria de haber sido ellos los promotores y los realizadores de una idea que, aun cuando quizás había sido ya concebida por otros y se hacía sentir intensamente en el ambiente profesional de la mayor parte de nuestro país, ninguno hasta la fecha había tenido el valor y el coraje necesario para iniciarla y llevarla adelante, hasta su feliz culminación.

Dos años después, México recibía jubilosamente a los representantes, en número cuatro veces mayor, de dieciocho naciones americanas, que entusiastamente habían atendido al llamado de la II Conferencia, consagrándose así la que bien podría haber sido "una aventura de Puerto Rico", e imprimiéndose permanente definitiva a nuestras reuniones. En esta Conferencia se precisaban las finalidades y las metas a alcanzar y se establecían las bases para un Código de Ética Profesional del Contador Americano.

Tocó luego su turno a Brasil, en ocasión del IV Centenario de la fundación de Sao Paulo, en 1954, constituirse en sede de la III Conferencia, e imprimir a ésta la fogosidad y el entusiasmo cariocas. Ahí se aprobaban las bases para la creación de la Secretaría Permanente de la Conferencia, que por derecho le fue otorgada a Puerto Rico.

Siguió después Santiago, con la IV Conferencia, en 1957, y el dinamismo de los contadores chilenos marcó un eslabón por nuestras reuniones.

Circunstancias fortuitas ocasionaron la cancelación de la V Conferencia, que debió efectuarse en La Habana, Cuba, en 1959 ó 1960

Pero dos años después, en 1962, Nueva York, en coincidencia con el V:II Congreso Internacional de Contabilidad y con el 75o. Aniversario del Instituto Americano de Contadores Públicos (American Institute of Certified Public Accountants) proseguía la interrumpida cadena y brindaba grandiosamente su casa a la VI Conferencia, en la cual, entre los acuerdos más trascendentales, se aprobaba el Reglamento que nos rige actualmente y se instituía la mención de veteranía de asistencia.

Argentina, cuya ausencia involuntaria a nuestras dos primeras reuniones habíamos lamentado y sentido intensamente, fue la magnífica anfitriona de la VII Conferencia, en Mar del Plata, en 1965, significándose ésta por la juiciosa reestructuración de las Comisiones Permanentes y por la aprobación, entre otras, a título de recomendación, desde luego, de las normas y procedimientos de Auditoría para el Contador Público de todos los países americanos, así como por la fijación de planes concretos de acción de los aspectos académico y unificación de la terminología contable, principalmente de los países de habla castellana, como primer paso para la formación de un diccionario trilingüe: español-inglés-portugués.

El escenario de la VIII Conferencia ha sido ahora la ciudad de Caracas, capital de la gran Venezuela y cuna del Libertador, Simón Bolívar; la cual, como todas las anteriores, nos ha abierto sus brazos y nos ha brindado lo mejor de su entusiasmo y su amistad. Caracas ha sido testigo también de avances significativos en el plano de las realizaciones positivas, en beneficio de todos los contadores de América y fundamentalmente de los de la América Latina, contando como siempre con la experiencia y con la colaboración desinteresada de los países más adelantados del continente en nuestra disciplina profesional.

Tal ha sido, hasta ahora, brevemente, la historia de la Conferencia Interamericana de Contabilidad.

Han pasado ya dieciocho años desde aquél en que iniciáramos estas reuniones y el balance que podemos hacer de las mismas es, en mi concepto, francamente halagador. Mucho falta, indudablemente, por realizar, pero mucho se ha logrado también, en los distintos aspectos que nos hemos propuesto.

Por otra parte, y creo que estaréis de acuerdo conmigo, to-

dos nuestros eventos se han caracterizado por el interés particular y por el sello inconfundible de su sensibilidad que han puesto a los mismos sus respectivos anfitriones, inspirados, eso sí, en un propósito común: estrechar los lazos de amistad y confraternidad entre todos los pueblos de América, a través de nuestra profesión, que es, a no dudar, una de las formas más positivas de lograr la comprensión, el entendimiento y el respeto mutuos entre los individuos y entre las naciones.

Y a este particular, no puedo pasar por alto el hacer referencia, por la amistad que nos liga, en algunos casos de muchos años atrás, a un grupo de colegas aquí reunidos una vez más, y otros ausentes por fuerza mayor, aun cuando presentes en espíritu, ya que este aprecio y esta confraternidad, por su esencia y por el desinterés que la anima, la considero para mí como un tesoro y una de las más preciadas aportaciones que han hecho posible estos actos. En particular y para no cometer alguna omisión, citaré en primer término a aquellos colegas que nos conociéramos desde Puerto Rico, el pie veterano de nuestra Conferencia, diría yo, y que son: Pedro José Tinoco, de Venezuela; Juan Angel Gil, de Puerto Rico; Rodrigo Tomás Boza, de Costa Rica; Carlos Escalante, de El Salvador; Augusto Bolaños Figueroa, de Guatemala; Agustín Córdova, de Honduras; Braulio Vázquez, de Panamá; Juan Rodríguez López,* de Uruguay, a quienes se agregarán después, en 1951, en México: José Da Costa Boucinhas, de Brasil; Louis M. Kessler, de Estados Unidos y María Jiménez de Torres, de Panamá; y finalmente, el gran maestro Alberto Arévalo* y Luis María Matheu, de Argentina; así como Guillermo Moncada Hummel, de Chile, y muchos otros que siento no poder mencionar en esta ocasión, pero que, como todos los anteriores, se han unido ya también en forma definitiva y con el mayor de los entusiasmos a nuestro movimiento.

* Fallecidos también, posteriormente.

Y no de intención, sino porque ellos merecen una remem-branza especial y respetuosa de nuestra parte, debo mencionar ahora a los que estuvieron y ya no están con nosotros, porque se nos han adelantado en el camino por la vida, y que fueron en otros tiempos, alma y corazón de nuestra Conferencia; me refiero en primer lugar, al Dr. Francisco D'Auria (q.e.p.d.) de Brasil, Contador Benemérito número DOS de nuestra Conferencia; al inmenso Maestro y caballeroso Dr. José Latour Padierno, inolvidable cubano (q.e.p.d.), de cuyo lamentable deceso me he enterado en esta Conferencia y, por último, esa figura excelsa, única, de personalidad arrolladora, y quien, como a muchos de vosotros consta —y nos halaga que así le hayáis juzgado unánimemente—, fuera la figura más brillante por muchos años de nuestra Conferencia y Primer Contador Benemérito, mi maestro don Roberto Casas Alatríste (q.e.p.d.). Los contadores mexicanos tenemos que agradecer emocionados el reconocimiento y el tributo de admiración y de respeto que esta Conferencia le ha brindado en forma tan espontánea y tan sincera, porque para nosotros don Roberto fue y ha sido el más grande exponente de la profesión, no solamente en nuestro país, sino en el extranjero, adonde quiera que él llevó el nombre de México.

Tales han sido, entre otros, señoras y señores, los hombres que han dado calor y vida a nuestra Conferencia; pero no quisiera cerrar estas notas sin traer asimismo a vuestra memoria o a vuestro conocimiento, una de las escenas más conmovedoras que he tenido oportunidad de vivir en esta Conferencia, ya que hechos semejantes, como expresiones auténticas del espíritu, son los que verdaderamente dignifican y dan sentido a las instituciones y a la vida misma: tal hecho consistió en presenciar las lágrimas de un hombre que con ello expresaba su júbilo de “ver” —contrastes del destino— la llegada de los primeros delegados extranjeros y con ello realizado su sueño y el de un grupo de contadores puertorriqueños: La celebración de la histórica I

Conferencia de Puerto Rico. Me refiero, señoras y señores, al heroico Secretario de la misma, un gran hombre, sin duda, por desgracia invidente: don José Peña Reyes (q.e.p.d.) fallecido en el mismo año de 1949 y a quien, en mi concepto, la Conferencia Interamericana de Contabilidad aún no le ha hecho justicia.

Señoras y señores: tal ha sido la vida y la mística de nuestras conferencias hasta hoy realizadas, aun cuando ello no ha mermado en lo más mínimo, ni debe mermar el profundo sentido de responsabilidad y de perfeccionamiento profesional que nos preocupa, ni el estímulo de vocación de servicio a que como ciudadanos de nuestros respectivos pueblos estamos altamente obligados.

Enaltecer y dignificar la contabilidad, disciplina que hoy por hoy constituye una de las aportaciones más trascendentales del conocimiento humano al desarrollo de los pueblos, es hacer labor patria; proyectar nuestras inquietudes de comunicación y nuestras ansias de conocimientos más allá de las fronteras de nuestros países, cual son los propósitos de nuestra Conferencia, es fortalecer la amistad, el entendimiento y el progreso de nuestra América, en particular de nuestra América Latina, cuyas grandes carencias a la par que sus inmensas posibilidades, constituyen un reto a nuestra condición de hombres libres que aspiramos a legar a nuestros hijos y a nuestros ciudadanos, un destino y una vida mejor. Hagamos, pues, de nuestra profesión, un culto y un propósito que comprenda tales aspiraciones y habremos cumplido en nuestras vidas con una misión digna.

Señoras y señores:

Ha sido éste, indudablemente, uno de los días más felices de mi vida profesional. No puedo, sin embargo, olvidar, ni mu-

cho menos desdeñar, otras satisfacciones que la propia profesión me ha brindado en diversas ocasiones y circunstancias: aquí mismo, en esta legendaria ciudad de Caracas, tuve el agrado de recibir, hace algunos años, en 1954, un nombramiento que mucho he estimado: el de Miembro de Honor del Colegio Nacional de Técnicos de Contabilidad; pero la distinción de que hoy se me ha hecho objeto, gracias a una extremada benevolencia, así lo considero sinceramente, de parte de todos los Contadores de América, por vosotros aquí tan dignamente representados, teniendo como marco una vez más esta heroica y cuatro veces centenaria Sultana de Avila, ha tocado las fibras más sensibles de mi corazón y me ha movido a evocar a mi ciudad natal: Monterrey, otra Sultana, la Sultana del Norte, un jirón de mi Patria mexicana, en el que radican mis más caros afectos y a la cual y a mi Universidad, la Universidad de Nuevo León, quiero dedicar con todo fervor el trofeo que inmerecidamente aquí me habéis otorgado, no sin reconocer que tan honroso homenaje corresponde por derecho, puesto que tal fue sin duda el espíritu que inspiró vuestra decisión, a la profesión de mi país y a los contadores mexicanos, de quienes me considero tan sólo un modesto representante.

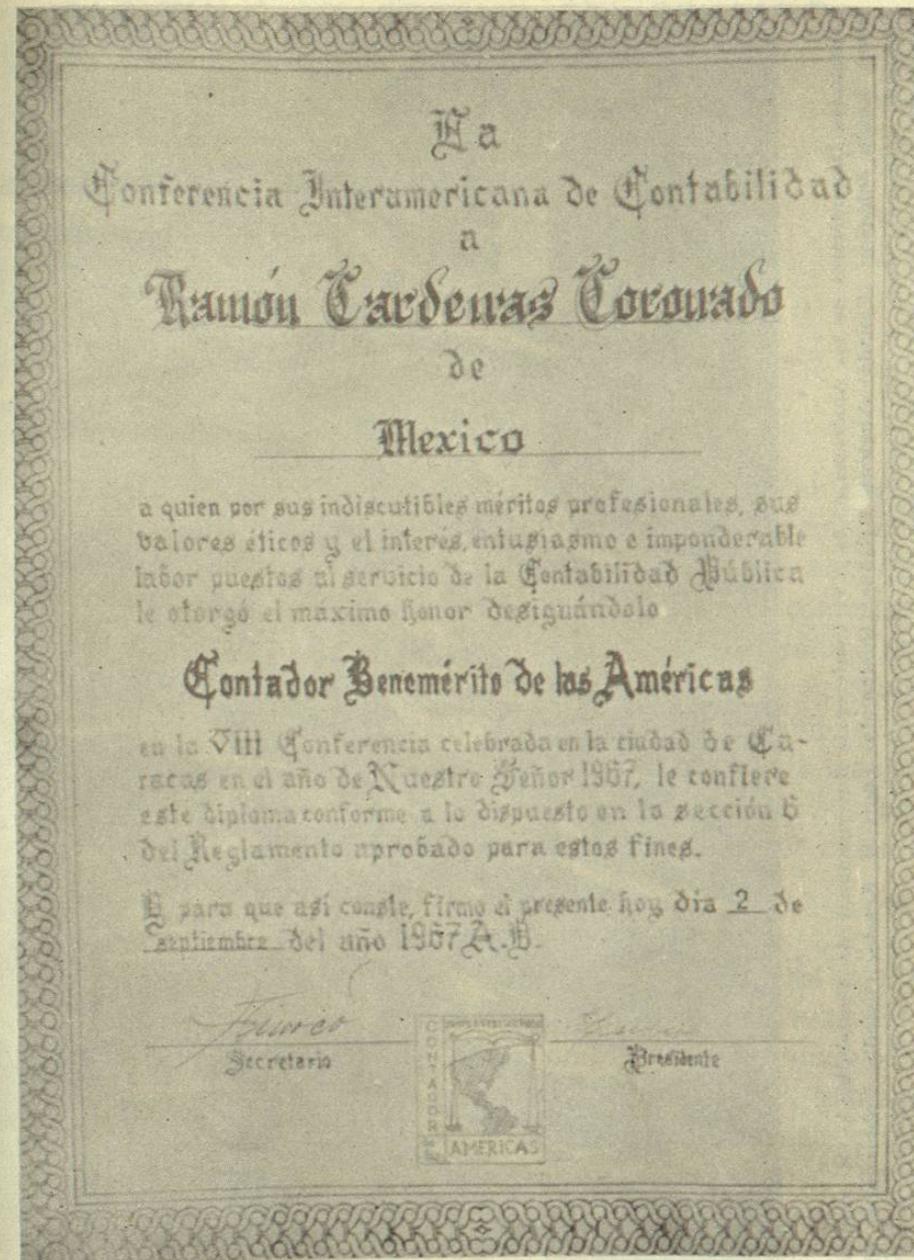
Recibo, pues, esta distinción, con el más profundo respeto para mis antecedentes en el mismo título y lo único que os puedo asegurar es que trataré de llevarlo con honor, puesto que estoy consciente de la gran responsabilidad que él implica y ojalá que las fuerzas y la vida me alcancen para poder aportar dentro de mi limitada capacidad, en toda nuestra América, a la cual ahora más que nunca me debo, por vuestro designio generoso, en alma y en corazón.

Yo os incito, queridos colegas, para que juntos con los contadores mexicanos y juntos con los contadores de toda nuestra querida América, en nuestra profesión y como ciudadanos de un

Mundo Libre y con la fe puesta en los destinos de nuestras patrias y el respeto a nuestra historia y a nuestras tradiciones y en tantos otros aspectos de afinidad que nos acercan, hagamos coro con la inspiración de uno de nuestros más preclaros poetas americanos (Rubén Darío) y unidos podamos exclamar:

¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros!
Juntaos en la esperanza, en el trabajo y la paz
¡Paz en la inmensa América! ¡Paz en nombre de Dios!

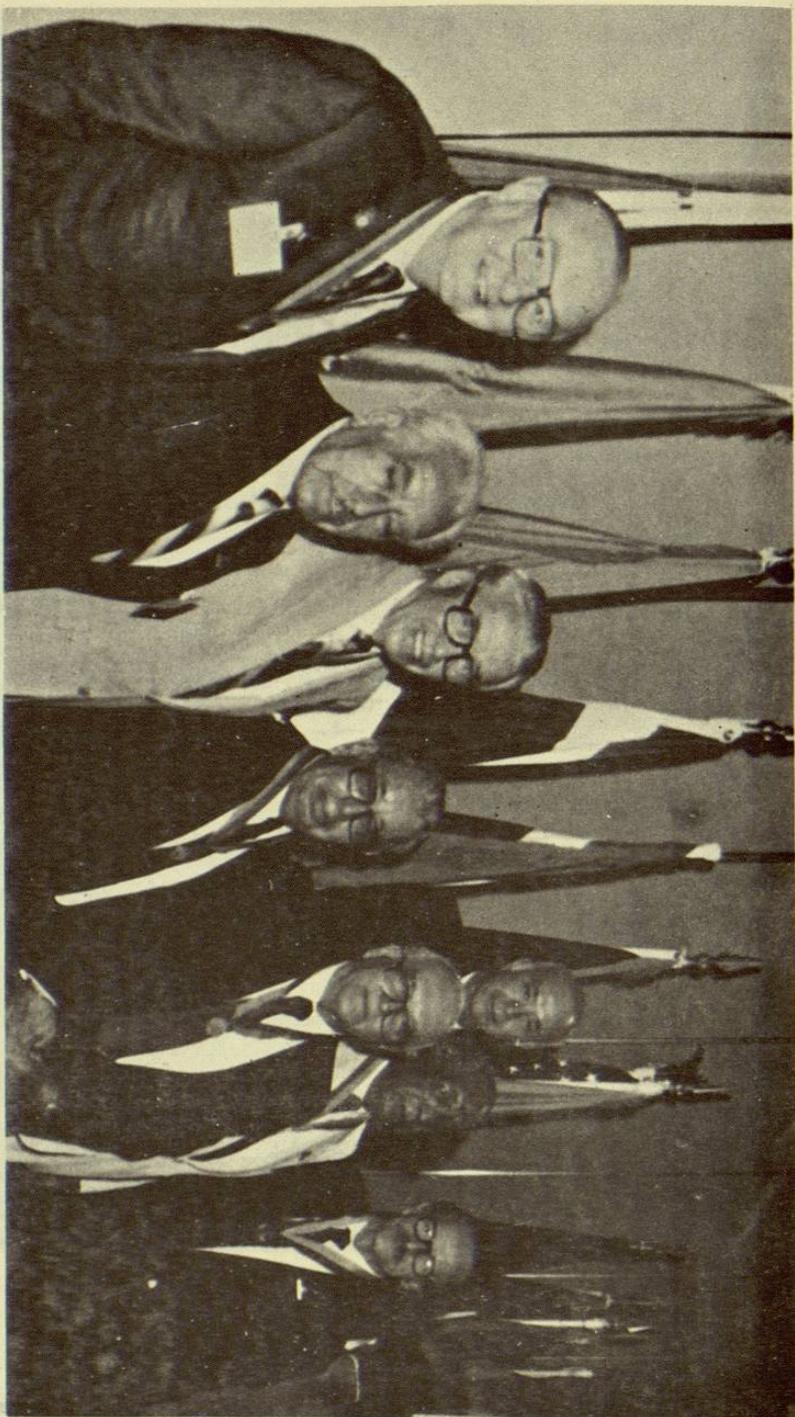
Caracas, Venezuela, 2 de septiembre de 1967.



CAPITULO XI.-SEGUIR SEMBRANDO

CONOCI a don Ramón Cárdenas Coronado en el año de 1974, siendo yo Contador de la H. Comisión de Hacienda de la Universidad Autónoma de Nuevo León. El había sido nombrado por el H. Consejo Universitario, Auditor Externo, conforme a la Ley Orgánica; su trato amable y cordial, me inspiró una gran confianza. Había escuchado hablar mucho de él, de su calidad profesional, de su don de gentes y había escuchado también que, como muchos de nosotros, con grandes sacrificios había realizado su carrera profesional; todo esto aunado a que durante la carrera de Contador Público, su nombre era mencionado por todos los maestros en la impartición de sus clases.

Tratarlo en el terreno profesional, fue otra de las innumerables experiencias que experimentamos los que hemos tenido el privilegio de trabajar a su lado; es un maestro por antonomasia, con lecciones permanentes de conducta profesional, honradez, lucidez e ideas diáfanas, pacientemente nos explicaba sus puntos de vista sobre algún aspecto del trabajo a desarrollar, sin perder su fino sentido del humor. Durante cinco años, aprendimos lo extraordinario que es trabajar con un maestro en toda la extensión de la palabra. Para él no había horarios, lo mismo nos atendía un día festivo, que a altas horas de la noche, en la Uni-



Contadores Benemeritos de las Américas en la XVI Conferencia Internacional de Contabilidad. De izquierda a derecha: Derek Lukin Johnson (Canadá) Augusto Bolaños (Guatemala) Louis M. Kessles (Estados Unidos) don Ramón Cárdenas Coronado (México); Juan A. Gil (Puerto Rico); Benjamín Gallegos G. (Perú); Arcelio Blanco (Colombia); Aurelio Hernández Díaz (Cuba). Miami, Florida, U.S.A.